

Construir comunidad: misión urgente

Los centros católicos llevan años transformando la historia de los barrios, pueblos y ciudades donde han estado enclavados, su misión no puede reducirse a la transmisión de conocimientos. Deben ser un espacio vivo donde se forje una comunidad con propósito, una comunidad que evangeliza desde lo cotidiano y que transforma la vida de quienes la integran. No basta con creer en la misión, hay que hacerla realidad.

JUAN JOSÉ DE LA TORRE

DIRECTOR PEDAGÓGICO DE UN CENTRO DE LA
FUNDACIÓN EDUCATIVA SANTÍSIMA TRINIDAD

La comunidad educativa es mucho más que un lugar de aprendizaje, entendemos por Cultura Organizacional los “Valores, experiencias, costumbres, normas, modos de gestión y liderazgo que nos caracterizan como comunidad educativa”, pero un centro educativo que quiera ser comunidad cristiana no es un conjunto de aulas ni un edificio con normas. No es lo que está escrito en las paredes, es lo que se respira en los pasillos. La verdadera comunidad educativa se siente, se vive, se respira en cada encuentro, en cada conversación, en cada gesto de apoyo y acompañamiento. Es el compromiso compartido de crear un ambiente donde la fe ilumina cada decisión, cada relación y cada acción.

Pero ¿cómo garantizamos que esta misión siga en pie? ¿Cómo aseguramos que nuestra labor educativa no solo forme alumnos, sino discípulos comprometidos?

Para responder a esta pregunta, debemos centrar nuestra atención en tres aspectos clave que consolidan una comunidad genuina: la toma de decisiones, la planificación y los tiempos, y la creación de estructuras que cuidan y son oportunidad.

La toma de decisiones: corresponsabilidad en la misión

Cada decisión debe reflejar la meta de construir comunidad y evangelizar. No podemos delegar la reflexión y la orientación exclusivamente a los equipos de pastoral. Algo falla cuando solo apostillan “los de pastoral”.

Debemos preguntarnos ¿quién lidera nuestro centro?, ¿quién ocupa cada puesto?, ¿cómo definimos los roles?

Si la evangelización es la razón de ser de la escuela, entonces cada persona que forma parte de ella, desde la dirección hasta el equipo docente y administrativo, debe estar comprometida con esta misión. No por obligación, sino por convicción. Es hora de fortalecer la corresponsabilidad entre laicos y religiosos, no como una solución ante la falta de vocaciones, sino como un compromiso compartido por el ideal de evangelizar y formar comunidad. Es hora de que cada docente, independientemente de cómo y por qué ha llegado al centro, defina su rol y nos muestre qué esperamos de él, aquí y ahora.

Planificación y tiempos: sembrar esperanza en cada espacio

El tiempo en una comunidad educativa no puede reducirse a horarios rígidos y agendas llenas de tareas. Debe ser tiempo vivido con sentido, espacio para la reflexión, para el crecimiento espiritual y para la celebración de la fe.

Como nos recuerda el libro del Eclesiastés: “Hay un tiempo para todo”. En nuestra escuela debe haber tiempo para: la dimensión espiritual, que nutre nuestra misión; las relaciones auténticas, donde se construyen vínculos que trascienden; la celebración, porque una comunidad que no celebra se apaga; y la esperanza, porque no hay evangelización sin alegría.

Planificar no solo implica organizar actividades, sino también abrir tiempos para vivir lo esencial. La estrategia debe ser flexible e innovadora, debe permitir innovar y avanzar hacia el futuro con una mirada llena de fe e intención, adaptándose a nuevas realidades sin perder la esencia de la misión educativa. Entrar en la “ac-

tivitis” sin sentido, sin razón, provoca no solo cansancio, sino pérdida del por qué y para qué de las acciones que emprendemos.

Recomiendo aplicar esta matriz ERAC que he adaptado y que nos invita a reflexionar en las acciones y estrategias a la luz de la Biblia.

Crear estructuras que cuidan y son oportunidad: porque evangelizar es acompañar

Una escuela debe ser un espacio de acogida, un refugio para quienes lo necesitan, un hogar donde se forman personas íntegras con vocación de servicio. ¿Un lugar de oportunidad y cuidado para quién?

a) Los docentes

¿Qué son los 50 m² de mi clase para mí?, ¿permiten los 50 m² mi desarrollo personal?

Y aquí está la singularidad. Se espera de nosotros “poco menos que la perfección”. Debemos saber escuchar, ser personas intachables, sin nada que corregir, con conductas irreprochables, capaces de ayudar, serviciales, disponibles, sin una palabra fuera de lugar. La responsabilidad de no ser capaces de estar a la altura, de sentirnos maestros, psicólogos, trabajadores sociales, detectives o expertos en leyes; la excesiva carga lectiva y burocrática; la falta de comprensión y colaboración de algunas familias; nuestra propia vida privada, etc., nos abrumba. El tiempo nos devora.

Cuando creamos comunidad los docentes necesitan ser cuidados, valorados y deben saber a dónde van.

Para los docentes, ser cuidados significa ser vistos como profesionales que desarrollen relaciones de trabajo a largo plazo en un clima de confianza. Además, teniendo un profundo respeto al valor del individuo, con su mochila personal a cuestas.

En el día a día ser cuidado significa dar importancia al ¿cómo estás?... y nada más. A veces buscamos grandes rituales para las entrevistas personales y todo fracasa. El ¿cómo estás? del día a día abre puertas al diálogo, al corazón y al alma. Antes que cualquier milagro, Jesús sale al encuentro con los hombres. Así lo relata el Evangelio de Juan. Es necesario lo que el papa Francisco llamó “escuchoterapia”.

Nuestros docentes se sienten valorados

cuando sienten que son lugar de encuentro con Dios, cuando hay agradecimiento y misericordia hacia ellos, cuando celebramos y damos importancia a los pequeños detalles.

¿Son los 50 m² de mi clase un lugar de misión, desarrollo profesional y personal?

b) La institución

La escuela crea comunidad cuando existe una cultura organizativa que garantiza nuestra misión evangelizadora.

Es necesario que las instituciones seamos capaces de tener mirada de dron, separar el foco, distanciarnos y mirar hacia adelante. No basta crear estructuras que soporten esta estrategia de presente y futuro, es necesario acompañar procesos.

Al estilo de Jesús de Nazaret, debe haber un equilibrio entre el qué soy y el qué hago. Las redes sociales están llenas de ejemplos de estar en uno u otro extremo.

Si la escuela quiere formar líderes comprometidos, debe garantizar estructuras que sostengan este ideal. No podemos seguir desgastando a nuestros equipos, necesitamos formar apóstoles satisfechos, no mártires agotados. Morir por la causa es matar la causa.

La evangelización solo será efectiva si cada miembro de la comunidad se siente cuidado, acogido y respetado.

c) El alumnado

No podemos ignorar la crisis de sentido que muchos jóvenes enfrentan. Ya tenemos alumnos ¡hartos de vivir! En el libro “¿Por qué Pierre Anthon debería bajar del ciruelo?, de Francesc Torralba, Pierre está harto de vivir, pero, de hecho, no ha empezado a vivir. ¿Cómo hacerle ver que la vida puede ser una obra maravillosa? La búsqueda del sentido no es, en ningún caso, una tarea solitaria. Es una tarea comunitaria.

Educación es ayudar a que los talentos florezcan. Es un acto de amor que libera y que permite la transformación personal y del entorno. Para ello es necesario que preparemos a nuestros alumnos para la intemperie, debemos romper la burbuja que rodea a nuestros centros y hacer a nuestros alumnos conscientes de su papel en la comunidad donde habitan. Así, deben conocer el mundo real, y no el ficticio que le hemos construido en los entornos seguros en los que se desarrollan, donde

existe la frustración y donde la motivación nace de crear la voluntad de hacer algo.

Como comunidad debemos crear una escuela que no imposibilite, que no corte las alas a los potenciales de los alumnos. ¿Cuántos de nosotros estamos aquí y somos lo que somos porque alguien nos acompañó y animó? En definitiva: creyó en nosotros.

Nuestros alumnos son auténticas máquinas de detectar incoherencias, por lo que nuestro ejemplo en el día será nuestra manera de evangelizar. Nuestros alumnos saben y sienten que estamos ahí. Olvidarán lo que le hemos dicho, incluso lo que hemos hecho, pero nunca lo que les hemos hecho sentir.

Compromiso: hagamos Comunidad meraki

Tenemos el enorme reto de hacer vivo a Alguien invisible, palpable al Alguien intocable y que actúa en lo cotidiano. Y ahí estamos cada uno de nosotros en nuestra debilidad, con nuestras miserias, con nuestras dudas, nuestros problemas personales, familiares o comunitarios. Y nos asalta la duda: ¿yo, Señor?, ¿crear comunidad, yo?

No estaría mal que echáramos un vistazo al Evangelio y pusiéramos los ojos en el “perfil de entrada” de alguno de los doce, y en él encontráramos a apóstoles emocionalmente inestables, con cambios de humor, con intereses personales por encima de los de la sociedad, con tendencia a desconfiar, deshonestos en la justa percepción de impuestos, traidores... y, sin embargo, Jesús pone en ellos sus ojos para crear comunidad.

No esperemos a que otros asuman el desafío. Si estamos aquí es porque hemos sido cuidados, acompañados y formados. Ahora nos toca actuar.

Construyamos comunidad *meraki*: término griego que indica poner el alma y el corazón en cada acción, desde el amor y la creatividad, con la certeza de que nuestra labor es un acto de fe y transformación.

¿Seré yo, Señor?... Pues claro.

.....

1 ESCUELAS CATÓLICAS, Escuela Evangelizadora, 2019.